

LA MUERTE EN «EL RAYO QUE NO CESÁ»

Luis Garcinuño González

*¡Ya no brilla el sol hermoso!
¡Ya no brilla! Se ha olvidado en la montaña,
y la anciana
repite junto al hoyo ya cubierto por la tierra
¡Ay mi hijico! ¡Ay mi hijico de mi alma...!*

(«Amores que se van». Miguel Hernández)

INTRODUCCIÓN

El 28 de marzo de 1992 se han cumplido cincuenta años de la muerte, en Alicante, del impetuoso poeta español Miguel Hernández.

Nace en Orihuela en 1910. Hijo de campesinos, apacentó el rebaño paterno en sus años juveniles hasta que su fuerte vocación literaria le lleva a frecuentar círculos culturales de su ciudad natal, fundando una importante revista titulada «EL GALLO», que fue la plataforma de lanzamiento hasta llegar a esas ya importantes composiciones recogidas en «Perito en Lunas», intento coherente, donde mezcla la espontaneidad con un estilo en el que conjuga lo léxico con lo gramatical, cosa harto difícil para llegar al imperativo que logró poco más tarde en su experiencia profesional.

El gran poeta pasional que lleva en sí, es acogido por una crítica muy favorable en el Madrid de los años 35.

«Hemos oído muchas veces el reproche superficial de quienes no querían enterarse que estábamos ante un poeta grande. Estamos ya ante su palabra misteriosa, llena de un suave contenido poético.»

Su gracia expresiva que reside en la flexibilidad de los matices que emplea, su aportación exótica, al acervo del lenguaje y la enorme capacidad de transmisión poética, le hacen ya por esos años, un perfecto conocedor y dominador de cualquier técnica poética.

Su obra es corta y profunda, porque el de Orihuela se arrancó pronto, aunque pronto también fuera enganchado por el cornúpeta. La cogida fue horrorosa y cuando EL TORO abandonó el cuerpo del desgraciado, éste era

ya cadáver. Lástima que la obra de Miguel Hernández se malograra apenas principiaba a contar con eco propio, digno de figurar entre los mejores de España, siempre rica en poetas.

Pero esto pertenece al gran secreto del maravilloso sino. A veces las mejores vocaciones, embriagadas por el beleño del puro deleite, rehusan adscribirse a la lucha, pero en el caso de Miguel Hernández no es cierto.

La gran aventura del hombre, de Miguel Hernández, arrastrado por el aliento creador hacia actividades poético-espirituales y modos extraordinarios, que suponen en él una segunda naturaleza, nos da el módulo en la rápida evolución del pastor al estilista, como en muy poco autores. El factor individual pesa mucho en la balanza de su proceso literario, en el que mezcla magistralmente lo espiritual con lo conceptual y metalingüístico. Charles Bally, sistematizó la creación espiritual de la palabra, a la que llamó «estilística». El valor subjetivo o psicológico de lo expresado ha sido estudiado por la escuela idealista cuyo animador es Karl Vossler, con su concepción del lenguaje, como creación espiritual¹.

Para el gran poeta de Orihuela el estilo es la forma espiritual y el lenguaje la forma material contingente. Sus facultades y medios de expresión dan a su obra un carácter propio e inconfundible. Decía Séneca: «El estilo es el rostro del alma; tal es el estilo en los hombres como es su vida». Y éste es el caso de nuestro poeta con dotes de gran personalidad humana.

Materia y forma, aplicadas a su estilística, fluyen libremente en su obra, sin esquemas vacíos de sentido o normas abstractas. Flaubert decía: «La forma sale del fondo como el calor del fuego».

En la obra poética de Miguel Hernández se da una prodigiosa transformación de palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista. Lo plástico y lo musical son el acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntario-so, descubre todo su contenido íntimo.

En toda su obra tuvo muy en cuenta lo que Gracián dice en el «Oráculo manual y Arte de prudencia»: «No hay belleza sin ayuda, ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perfecciona. Déjanos comúnmente a lo mejor de la Naturaleza; acójámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección».

Miguel Hernández en sus largos espacios, apacentando rebaños, en sus cuitas nocturnas con los hombres que cansados tomaban un trago en la taberna, en sus paseos matinales cuando el sol rompía el horizonte, pensaría en el Marqués de Santillana y su manera de poetizar:

«¿E qué cosa es poesía sinon un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy fermita cobertura, compuestas distinguidas e escondidas por cierto cuento pessos e medida?»².

¹ Introducción a la estilística, por Vossler, L. Spitzer y H. Hatzfeld. Buenos Aires, 1932.

² Del «Proemio e carta que envió al condestable de Portugal con las obras suyas». Obr. Ed. Amador de los Ríos, Madrid, 1852.

Por sus tierras bebió en el agua clara de Fray Luis, en la naturaleza de este gran poeta renacentista; todo lo que es huerto, árboles, espacio, frescor, fuente, arroyo en Miguel Hernández, lo fuera con gran claridad en el poeta conquense:

«Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, la hora y la razón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte; y corriendo y tropezando, parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora, muy fresca»³.

DRAMA HERNANDIANO

Pero vayámonos adentrando, que nunca es tarde, en la tarea que traigo: LA MUERTE en EL RAYO QUE NO CESÁ, de MIGUEL HERNÁNDEZ.

A lo largo de «El rayo que no cesa», Miguel Hernández parece sentir cercano su fin irremisible. La muerte abierta y clara como él acepta y siente, tiene a veces el destino trágico de los héroes, el signo del crepúsculo de los dioses clásicos.

No obstante cree en la victoria de su causa. Por los tenebrosos rincones de su cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de su fantasía, esperando, en silencio, que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena de la vida y de la «muerte» como final entre esperanzador y trágico. Fecunda, como el lecho de amor, de la miseria, y parecida a sus padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, su musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblando de creaciones sin número a las cuales ni su actividad ni todos los años que le restan de vida serían suficientes a dar forma.

Los golpes destructores del destino ciego no le ofrecen tranquilidad y ánimos. Si en la Elegía destinada a Ramón Sijé: «En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería»⁴ ilumina la ruina con un esplendor transfigurador, a través de todos los Poemas de «El rayo que no cesa», se siente inmerso en su «fatum» trágico, en un determinismo feroz, que le hace alzarse a la cima señera de los poetas fuertes, vigorosos, profundos. Se expresa al estilo de Bécquer: «Y aquí, dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible profusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna

³ Obras completas castellanas: «Nombres de Cristo». Introducción, página 387. Ed. Bibl. Aut. Crist. Madrid, 1944.

⁴ Miguel Hernández. «El rayo que no cesa». V. Edición. Colección Austral, Espasa Calpe, S.A., Madrid. Pág. 75, 1969.

incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos»⁵.

Su drama trágico nunca le reconcilia con su destino, y se siente amenazado continuamente en su propia existencia, hasta en lo más profundo de su ser: el corazón; —«dentro del corazón en que me muero»—, dice.

Entonces se verá aparecer, como ocurre en las obras de Ibsen, el destino llamando a la puerta, en la figura amenazadora de la juventud triunfante:

«me hacéis penar: lluviosas soledades,
balcones de las rudas tempestades
que hay en mi corazón adolescente».

Tiene Miguel Hernández el alma de una clase tan diversamente compuesta e integrada por tan distintos elementos, que parece llevar implícita su disolución desde el principio:

«No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.»⁶

El poeta posee una mentalidad tan profundamente trágica, que muy bien podía ser calificado como: «poeta-dramaturgo». Es el hombre rebelde, el burlador de los convencionalismos, la persona tan íntimamente arraigada en su pueblo, que todos sus versos fluyen como un suspiro hondo del drama que le atormenta en su interior: como un rayo en profundidades penetra en su espíritu el sentido de la muerte:

«que sufrir, el rigor de esta agonía...»

Es cierto que cada época engendra su propia necesidad y, por tanto, su propia tragedia; pero no lo es menos, que cada hombre encierra su mundo trágico, y el de Miguel Hernández está caracterizado por su hondo sentir, que es: «un ser para la muerte».

Pero parte de la vida. Es el eterno dilema que ha traído siempre en jaque a filósofos, artistas, teólogos, pensadores y..., poetas. Dijo León Felipe:

«¡Qué larga es la agonía del hombre...
y qué grande su lecho de muerte!
La eternidad es esta agonía sin fin
y este lecho de muerte sin origen.
No se nace ni se muere
ni se entra ni se sale del sepulcro.
Uno está aquí esperando siempre,
eternamente esperando
sin acabar de morirse
ni haber nacido nunca...
¿Qué hora es?... ¿Dónde estoy?...»⁷

⁵ Obras, T.I. Introducción, pág. XXXVII. Madrid, 1871.

⁶ «El rayo que no cesa». V. Edición. Soneto XX. Colección Austral. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1969.

⁷ «Ni nazco ni muero». Antología Poética. León Felipe, 1884-1984. Diputación Provincial de Zamora, 1984.

Miguel Hernández apoyó siempre sus descripciones en la geografía alicantina. Esta geografía es en su poesía, un recuerdo de niñez, de rumores de fuentes, de canciones infantiles, de olor a limonero y patio fresco:

«Manantial casi fuente, casi río
fuente; ya casi mar casi río apenas;
mar casi-casi océano de frío.
Principio y fin del agua y las arenas»⁸.

Y a patio fresco:

«Patio de vecindad que nadie alquila
igual que un pueblo de panales secos;
pintadas con recuerdos y leche las paredes
a mi ventana emitan silencios y antojos...»⁹

Pero no todo son limoneros, fuentes, patios frescos, en Miguel Hernández, cuando alude al paisaje levantino. En su caminar va recogiendo estampas de crueldad, de sufrimiento, de miseria moral y física. Este dolor resalta vivamente sobre un paisaje de signo paradisíaco, que parece oponerse a toda idea de angustia o maldad. Paisaje levantino y sufrimiento humano se oponen en un contraste violento y significativo.

De ese contraste extrae Miguel Hernández gran parte de su fuerza expresiva.

Levante, como la Andalucía de Antonio Machado, está cargado de un fuerte carácter fantástico, donde la afectividad del escritor parece estar dispuesta siempre a proyectarse en un sentido positivo, amoroso, embellecedor.

«El paisaje –ha dicho Azorín– somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus anhelos, sus tártagos.» Un estético moderno ha sostenido que el paisaje no existe hasta que el artista lo lleva a la pintura o a las letras. Sólo entonces –cuando está creado en el arte– comenzaremos a ver el paisaje en la realidad. Lo que en la realidad vemos entonces es lo que el artista ha creado con su numen.

Miguel Hernández lleva en su retina, incorporado, el paisaje alicantino. Las palmeras, el vuelo de unas palomas, el sol ardiente en la blancura de unas casas o en el espejo de unas cúpulas, fueron sólo plásticas incitaciones que actuaron sobre el corazón del escritor para moverle a una transposición de paisajes.

«Palomar del arrullo
fue la habitación.
Provocabas palomas
con el corazón.

Palomar, palomar
derribado, desierto,
sin arrullo por nunca jamás¹⁰.

⁸ De la composición «Casi nada», pág. 167. Obra completa de Miguel Hernández, 1976.

⁹ «Vecino de la muerte», de la Elegía hernandiana: Tengo el alma ronca...

¹⁰ De Palomar. Obra Poética de Miguel Hernández. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao, pág. 435.

...sol de siesta en toda la campiña verde...
En los correntales de un fino arroyuelo
del sol encendido y untado de cielo,
abreva sediente mi pulido atajo.
Soledad de tierras... Claridad de río ¹¹.

Bien es cierto que el «leit-motiv» de la obra hernandiana y fundamentalmente en la que comentamos, «El rayo que no cesa», es la muerte:

«Moriré como el pájaro: cantando,
penetrado de pluma y entereza,
sobre la duradera claridad de las cosas.
Cantando ha de cogerme el hoyo blando,
tendida el alma, vuelta la cabeza,
hacia las hermosuras más hermosas ¹²

Muerto niño, muerto mío.
Nadie nos siente en la tierra
donde haces caliente el frío ..» ¹³

Pero no el único. A su lado, la angustia y la inquietud y el profundo sentimiento del paisaje. Es precisamente este sentimiento el que explica la presencia de algunos poemas de Miguel Hernández de un tono calificable casi de fernancaballeresco.

El gran amor que el poeta tiene por la tradición, la vida campesina, la contemplación de la naturaleza no invadida por la mano y la técnica del hombre, está muy patente en su obra:

«...Campesino que mueres,
campesino que yaces
en la tierra que siente...
campesino, despierta,
español, que no es tarde.» ¹⁴

Miguel Hernández da un nuevo sesgo a la actitud nostálgica, tradicional, al admitir la inevitabilidad del progreso, de la unificación mecánica de todo.

Cuando canta en «El rayo que no cesa»:

«Te espero en este aparte campesino
de almendro que inocencia recomienda:
a reducir mi voz por esa senda
ven, que se va otra vez por donde vino.»

Composición que guarda relación con autores de su entorno:

¹¹ De Palomar. Obra Poética de Miguel Hernández. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao, pág. 542.

¹² De Palomar. Obra Poética de Miguel Hernández. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao, pág. 331.

¹³ De Palomar. Obra Poética de Miguel Hernández. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao, pág. 429.

¹⁴ De Palomar. Obra Poética de Miguel Hernández. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao, pág. 329.

«Navegaré algún día, lo presiento.
Diré adiós a mi tierra y al pasado.
Iré junto a las aves con el viento...»¹⁵

y sigue el poeta:

«Al amor en mi tierra asegurado
dejaré tras el beso doloroso
en busca de algún rumbo esperanzado...»¹⁶

al estilo de Miguel Hernández:

«Ya, tal vez, la combate, y la trabaja
el talador con ímpetu asesino,
y tal vez, por la cuesta del camino
sangrando sube y resonando baja.»

La interrelación de unos miembros con otros nos lleva a la comprensión de lo que acontece globalmente y podría darnos información acerca de la valía de las decisiones, al considerar con detenimiento los procesos que se desarrollan para proponer información y evolución.

«Los contenidos» de Miguel Hernández se presentan como la expresión académica del bagaje cultural de la sociedad. Desde los enfoques curriculares más flexibles han adquirido un nuevo sentido al conceptualizarse como problemáticos, es decir, se cuestiona su presentación como verdades inamovibles.

Continuamos en la temática que nos ocupa y le ocupó al autor: la muerte.

Para el hombre de hoy, la muerte, a través de la vida, del mar o del cielo, es fundamentalmente misterio. No ha ocurrido así en otras épocas, en las que ha mediado el sentimiento religioso, artístico y social.

La muerte en Miguel Hernández está entre la contemplación y el amor. La norma de su frialdad estética coincide con un estoicismo, creo que externo. El «nihil mirari» de Horacio es en el poeta mucho más imaginativo que sentimental. Si para los antiguos la muerte tenía su base profunda en la vida y el orden, en nuestro poeta reside en la vieja hipótesis fisicoestética, donde todo el Universo es luz tenebrosa.

LA MUERTE EN «EL RAYO»

El «tema de la muerte» es básico a lo largo de todas las composiciones de su magistral «El rayo que no cesa». Intentaré estudiarlo página a página, poema a poema, verso a verso.

1. Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.

¹⁵ Del libro de Poesías: «Hombre en verso?» «Escritores de Castilla-León». Imprime Gráficas Andrés Martín, Valladolid, 1988.

¹⁶ Del libro de Poesías: «Hombre en verso?» «Escritores de Castilla-León». Imprime Gráficas Andrés Martín, Valladolid, 1988, pág. 175.

El rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.

Mi sien, flrido balcón
de mis edades tempranas,
negra está, y mi corazón,
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud
del rayo que me rodea,
que voy a mi juventud
como la luna a la aldea.

Recojo con las pestañas
sal del mar y sal del ojo
y flores de telarañas
de mis tristezas recojo.

¿A dónde iré que no vaya
mi perdición a buscar?
Tu destino es de la playa
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor
de huracán, amor o infierno
no es posible, y el dolor
me hará, a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón, que da la muerte
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue cuchillo
volando, hiriendo. Algun día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.

En cada verso está patente la imagen de la muerte, representada en el RAYO:

...rayo de metal crispado.

...tal es la mala virtud
del rayo que me rodea

...pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón que da la muerte
nadie ha de hacerme dudar.

La última estrofa representa el paso de la muerte: lo antiguo, lo ancestral, está plasmado en ese «amarillo» final, símbolo del otoño de su vida:

Algún día
se pondrá el tiempo «amarillo»
sobre mi fotografía.

Los componentes estéticos se condensan en luz, color, grandeza, figura, movimiento, vida, muerte...¹⁷.

2. ¿No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herrerías
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

El hombre, viene a decírnos Miguel Hernández, nace con el signo indeleble de la muerte; este hado le persigue hasta el final de su existencia. A las dos primeras estrofas interrogativas, responde:

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia...

El poeta se halla en un estado espiritual que linda entre la naturaleza y el sueño. No duerme y tampoco está despierto. Su alma está en un limbo en que los objetos —girasol, mies— cambian de forma, y en que las ideas dan vueltas en torno al cerebro. Experimenta sensaciones indefinibles y nos transporta a un mundo de percepción sensible, hasta tal punto que claridad y agudeza nos llevan al pensamiento, de nuevo, profundo del más allá.

3. Insistencia de la muerte, que con un continuo martilleo está llamando a las puertas de su corazón. El amarillo, color preferido de Miguel Hernández en estas composiciones, representa simbólicamente la muerte y destrucción; y él se siente girasol que gira y gira en torno a ella:

Guiando un tribunal de tiburones,
como con dos guadañas eclipsadas,
con dos cejas tiznadas y cortadas
de tiznar y cortar los corazones,

¹⁷ José María Sánchez de Muniain: «Estética del paisaje natural», Madrid, 1945.

en el mío has entrado, y en él pones
una red de raíces irritadas,
que avariciosa mente acaparadas
tiene en su territorio sus pasiones.

Sal de mi corazón del que me has hecho
un girasol sumiso y amarillo
al dictamen solar que tu ojo envía:

un terrón para siempre insatisfecho,
un pez embotellado y un martillo
harto de golpear en la herrería.

Aprendió de la naturaleza, corrió caminos y disfrutó de las tierras. Es como un bosque magistral; viejo, como las encinas de su entorno, sereno y múltiple, delicado y profundo. Quien quiera enseñarnos una verdad, que no nos la diga: simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de esa gran verdad: la muerte.

4. Me tiraste un limón y tan amargo,
con una mano cálida, y tan pura,
que no menoscabó su arquitectura
y probé su amargura sin embargo.
Con el golpe amarillo, de un letargo
dulce pasó a una ansiosa calentura
mi sangre, que sintió la mordedura
de una punta de seno duro y largo.

Pero al mirarte y verte la sonrisa
que te produjo el limonado hecho,
a mi voraz malicia tan ajena,
se me durmió la sangre en la camisa,
y se volvió el poroso y áureo pecho
*una picuda y deslumbrante pena*¹⁸.

Parece en el inicio de este soneto: «Me tiraste un limón y tan amargo...» como si Miguel Hernández estuviera inspirándose en el famoso cuadro de Julio Romero de Torres. La obra del pintor cordobés (1874-1930) y sus valores, trascienden y expresan un antiguo y permanente legado de lo mediterráneo. El limón –los pechos de la doncella– le anuncian un goce leve y pasajero, que le llevarán de nuevo al tedio, a la pena y en definitiva a la muerte. Quisiera aprovecharse de su juventud radiante, evocando el «Carpe Diem» tradicional, pero en él, este sentido le lleva al dolor:

y se volvió el poroso y áureo pecho
*una picuda y delirante pena...*¹⁹

Miguel Hernández, poeta de trazo liso, combina renacentismo italiano, simbolismo francés, naturaleza machadiana y vigor rubeniano con sus enor-

¹⁸ Del soneto 4º: «Me tiraste un limón y tan amargo». De «El rayo que no cesa». Colección Austral. Espasa Calpe, S.A. Madrid., 1969.

¹⁹ Del soneto 4º: ibd. (9).

mes claridades poéticas, hasta tal punto que «El rayo que no cesa», obra grande nacida de su pluma, recoge todas las tendencias de su entorno, elevándolas a gran categoría poética; por eso su obra constituye un auténtico espectáculo. La figura de Miguel Hernández, es de época. Extremar el comentario especializado implicaría todo un mundo de datos y de ecos.

5. En el soneto que se inicia con:

Tu corazón, una naranja helada
con un dentro sin luz de dulce miera
y una prosa vista de oro: un fuera
venturas prometiendo a la mirada.

Mi corazón, una febril granada
de agrupado rubor y abierta cera,
que tus tiernos collares te ofreciera
con una obstinación enamorada.

¡Ay, qué acontecimiento de quebranto
ir a tu corazón y hallar un hielo
de irreductible y pavorosa nieve!
Por los alrededores de mi llanto
un pañuelo sediento va de vuelo
con la esperanza de que en él lo abreve²⁰,

se ve claramente el contraste. Contraste semejante que se da en Garcilaso:

«...que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las entrañas»

(«Elegía al Duque de Alba»)

6. *Umbrío por la pena, casi bruno,*
porque la pena tizna cuando estalla,
dondo yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena en mi paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
rodeado de penas y de cardos:
¡cuánto penar para morirse uno!

²⁰ Del soneto: «Tu corazón una naranja helada», «El rayo que no cesa». Colección Austral. Espasa Calpe, S.A. Madrid., 1969.

Nuevamente la rebeldía de Miguel Hernández ante la muerte está aquí patente:

«no podrá con la pena mi persona
rodeado de penas y de cardos...»

El último endecasílabo, es de clara estructura epitáfica, que recuerda a Góngora, a Gerardo Lobo, Sor Juana Inés de la Cruz, etc.

«¡cuánto penar para morirse uno!»

Tras unas realidades aparecen otras: colores, sonidos, placer y dolor sensibles toman un «corpus» importante en la obra que nos ocupa. Tras esas realidades aparecen otras, como en una sierra los perfiles de montañas más altas, cuando hemos llegado sobre los primeros contrafuertes. Todas las ideas que pasan por la mente de un autor, viven apoyadas en nuestra voluntad. La ciencia, el arte, la justicia, la cortesía, la religión, son órbitas de realidad que no invaden «bárbaramente nuestra persona, como hace el hambre o el frío; sólo existen para quien tiene la voluntad de ello».

7. *Después de haber cavado este barbecho,
me tomaré un descanso por la grama
y beberé del agua que en la rama
su esclava nieve aumenta en mi provecho.*

Todo el cuerpo me huele a recién hecho
por el jugoso fuego que lo inflama,
y la creación que adoro se derrama
a mi mucha fatiga, como un lecho.

Se tomará un descanso el hortelano
y entre tendrá sus penas combatido
por el salubre sol y el tiempo manso.

Y otra vez, inclinando cuerpo y mano,
seguirá ante la tierra perseguido
por la sombra del último descanso.

Como el hortelano, espera el descanso después de haber trabajado en el duro barbecho. Se identifica con el paisaje; al estilo de Antonio Machado, espera la primavera de su vida:

«Todo el cuerpo me huele a recién hecho...»

Hace alusión al «tiempo manso», que recuerda el «manso ruido» de Fray Luis de León.

Y al final, de nuevo, el tema de la muerte, como un hacha que le persigue:

...«seguirá ante la tierra perseguido
por la sombra del último descanso».

8. *Por tu pie, la blancura más bailable,
donde cesa en diez partes tu hermosura,
una paloma sube a tu cintura.
baja a la tierra un nardo interminable.*

Con tu pie vas poniendo lo admirable
del nácar en ridícula estrechura
y a donde va tu pie va la blancura,
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,
arena y mar, me arrimo y desarrimo
y al redil de tu planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya
por la voz amorosa del racimo:
pisa mi corazón que ya es maduro.

Los dos últimos endecasílabos de este 8º soneto, en su primer cuarteto:

*... una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable,*

representan el constante contraste «vida-muerte»:

sube-baja
paloma-nardo

La figura que se da en el último terceto, representa la madurez del hombre a quien le llega su destino fatal, semejante al racimo apresado en el lagar:

...pisa mi corazón que ya es maduro²¹.

Es como un renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiriendo su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; juguete de ensueño, la muerte ceñía cada mañana la frente pálida del poeta como una corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo mortal.

9. Fuera menos penado si no fuera
nardo tu tez para mi vista, nardo,
cardo tu piel para mi tacto, cardo,
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,
y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo
miera, mi voz para la tuya, miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,
ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola,
cerca una vez, pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,
sola como un suspiro y un ay, sola,
terca en mi error y en mi desgracia terca.

La espina, la zarza, la garza, sacuden el cuerpo de Miguel Hernández,

²¹ Del soneto 8º: «El rayo que no cesa». Colección Austral. Espasa Calpe, S.A., pàg. 33.

hombre que siente el continuo palpitar de la pena, a veces con una dulce sonrisa, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción a su alma. Pero su ingenua confianza en la vida reaparecía con la aurora siguiente y así volvía a ceñirse la corona y el velo y a sonreír en espera de una ola, que con su vaiven le llevaba al más allá:

...Garza es tu mano si la tiento, garza
ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola,
cerca una vez, pero un millar no cerca.

En toda su vida, como dijera José Enrique Rodó, contrasta el altanero «no importa» que surge del fondo de la vida²².

10. Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes,
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

Le veo obsesionado por esa realidad tan palpitante suya. Es su pensamiento todo, reflejado en el primer cuarteto de este bello soneto número 10 de «El rayo que no cesa».

Nos trae el recuerdo de aquellos versos de Jorge Manrique:

...nuestras vidas son los ríos,
que van a dar a la mar,
que es el morir...

y Miguel Hernández:

«Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes...»

No obstante esta obsesión, camina con cierta esperanza a su destino final: «voy entre pena y pena sonriendo...».

A medida que se adentra en la muerte, ésta tomaba a sus ojos la apariación de un ser vivo. Se le presentaba a veces con la vida que rodea las aguas misteriosas de un mar misterioso e insondable, como las arenas de las pla-

²² José Enrique Rodó: «Cinco Ensayos», pág. 116. Madrid.

yas, como los peñascos de las cumbres, que muy de tiempo en tiempo se precipitan con estrépito al valle.

11. Te me mueres de casta y de sencilla:
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!
para que no se vicie y se desmande.

Ansía profundamente el poeta que alguien le acompaña en esta su soledad mortal, y con acentos lúgubres pero hermosos, se atreve a decir:

«*tu mejilla...*
se te cae deshojada y amarilla...»

Garcilaso dice en la «Elegía al Duque de Alba»:

«en aquel breve sueño se aparece
la imagen amarilla del hermano
que de la dulce vida defallece...

Los adjetivos y sustantivos del primer terceto –fantasma, beso delincuente, pómulo, negro, etc.– recuerdan el patetismo y la fuerza vigorosa de que hace gala el autor en toda su producción.

Es ya conocida la línea de intensificación del color que va de Garcilaso a Góngora, pasando por Herrera. Yo añadiría que llegando a Miguel Hernández. Pocos tan coloristas como él. Si se hiciera un recuento de los adjetivos de color que en su poesía ocurren, asombraría ver que no hay estrofa ni apenas verso en que no se dé una sugerencia colorista. Al lado de la abundancia del color, la nitidez del color mismo, íntimamente relacionada con la elección de palabras que reúnen en sí la brillante radiación, la suntuosidad y la sensación colorista. Así nada queda en «El rayo que no cesa» borroso e impreciso, todo es neto, nítido y exacto.

12. Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento,
urgencia de tu garza galanía,
tu clemencia solar mi helado día,
tu asistencia la herida en que louento.

¡Ay querencia, dolencia y apetencia!
sus sustanciales besos, mi sustento,
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor desde tu ausencia,
a serenar la sien del pensamiento
que desahoga en mí su eterno rayo.

En este soneto se da una profunda simbiosis de paisaje-personaje como ocurre en «El señor de Bembibre», de Gil y Carrasco, en donde se fusionan tonalmente ambos conceptos; si eso le falta:

«me faltan y me muero sobre mayo».

No hay biógrafo que no haya resaltado la importancia del paisaje y del medio ambiente en que se desenvuelve la vida de Miguel Hernández, y muchos acuden a los textos de Gabriel Miró, el gran estilista de Alicante, en cuyas novelas del primer cuarto de siglo se captan las esencias tradicionales y el colorido barroquizante de Orihuela.

«Los versos de Miguel respiran aires de un bucolismo gabrieligalanesco o de romanticismos sentimentaloides pero con elementos personales innegables.»²³

El poeta mira con los ojos del dolor, desde la tragedia que él intuyó siempre como suya, pero que se extiende colectivamente. Su entusiasmo y la lucha del pueblo diríamos que se identifican y cruzan por el cielo de España y por el corazón del poeta como ave que lleva el ala herida. Toda su vida la pasa: «cultivando el romero y la pobreza».

13. Mi corazón no puede con la carga
de su amorosa y lóbrega tormenta,
y hasta mi lengua eleva la sangrienta
especie clamorosa que lo embarga.

Ya es corazón mi lengua lenta y larga,
mi corazón ya es lengua larga y lenta...
¿Quieres contar sus penas? Anda y cuenta
los dulces granos de la arena amarga.

Mi corazón no puede más de triste:
con el flotante espectro de un ahogado
vuela con la sangre y se hunde sin apoyo.

Y ayer, dentro del tuyo, me escribiste
que de nostalgia tienes inclinado
medio cuerpo hacia mí, medio hacia el hoyo.

Parece que Miguel Hernández conociera aquella imagen bíblica que alude expresamente a: «de la parte en que el árbol caiga (la muerte), allí quedará para toda la eternidad». Él va a ser segado por la guadaña de la muerte y

²³ «Aproximación a la figura de Miguel Hernández». Obra poética completa. Ed. Zero, S.A. Artesamina, 12. Bilbao.

«su corazón no puede con la carga de su amorosa y lóbrega tormenta» y de pena y de nostalgia tiene inclinado medio cuerpo hacia mí, medio hacia el hoyo. Y en este soneto hace un maravilloso juego sensual de sensaciones, pero al final cae definitivamente en el abismo desconocido de la muerte en el que se hunde el otro medio cuerpo. Y el poeta se muestra con voluntaria conciencia de estilo. Enriquece admirablemente el idioma con imágenes visionarias. El idioma se transforma en su pluma: «mi corazón no puede más de triste...»²⁴.

Transforma la palabra en la más preciosa realidad humana, alumbra oculatas esencias y logra así la fragancia de las cosas.

14. Silencio de metal triste y sonoro,
espadas congregando con amores
el final de huesos destructores
de la región volcánica del toro.

Una humedad de femenino oro
que olió puso en su sangre resplandores,
y refugió un bramido entre las flores
como un huracanado y vasto lloro.

De amorosas y cálidas cornadas
cubriendo está los trebolares tiernos
con el dolor de mil enamorados.

Bajo su piel las furias refugiadas
son en el nacimiento de sus cuernos
pensamientos de muerte edificados.

Cual toro herido por el rayo de la muerte, Miguel Hernández siente en sus carnes que le traspasan con furia las espadas de la vida, y así dice:

*«Bajo su piel las furias refugiadas
son en el nacimiento de sus cuernos
pensamientos de muerte edificados.»*

Toda la crítica ha reconocido que «El rayo que no cesa» es un libro central y mayor, y estamos llegando a la cima de sus 28 sonetos. En todo el libro, y fundamentalmente en este soneto, es posible ver la ampliación de las vinculaciones clásicas de la poesía de Hernández, con el recuerdo de la obra de Quevedo, pero es uno de los enclaves más visibles aquella correspondencia del amor con la lucha de dos toros furiosos que don Francisco de Quevedo llevó a su famoso soneto:

*«¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
crecer el suelo y acortarse el día
en la celosa y dura valentía
de aquellos toros que el amor violenta?».*

El tema del toro está en otros poetas, y próximos a los sonetos de Miguel Hernández son los del «Toro de la muerte», de Rafael Alberti, en su poema «Verte y no verte»²⁵.

²⁴ Del soneto 13º: «El rayo que no cesa». Colección Austral. Espasa Calpe, S.A.

²⁵ Ediciones Cruz y Raya. Madrid, 1936. Primera Edición, en México, 1935.

Pero el pensamiento mortal que uno y otro atribuyen a las astas, es, en el toro albertiano, premonición de destino de sangre para el torero amigo, Sánchez Mejías, mientras que el toro hernandiano es el propio destino del hombre el que queda bajo la amenaza.

15. Llegamos a uno de los poemas trascendentales de esta obra que estamos comentando, el que se inicia con el endecasílabo:

ME LLAMO BARRO AUNQUE MIGUEL ME LLAME,
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.
Soy un triste instrumento del camino.
Soy una lengua dulcemente infame
a los pies que idolatró desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho
que quiere ser criatura idolatrada,
embisto a mis zapatos y a sus alrededores,
y hecho de alfombras y de besos hecho
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie
a tu talón mordiente, a tu pisada,
y siempre a tu pisada me adelanto
para que tu impasible pie desprecie
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,
cuando el vidrio lanar del hielo bala
cuando el invierno tu ventana cierra
bajo a tus pies un gavilán de ala,
de ala manchada y corazón de tierra.

Bajo a tus pies un ramo derretido
de humilde miel pataleada y sola,
un despreciado corazón caído
en forma de alga y en figura de ola.

Barro, en vano me invisto de amapola,
barro, en vano vertiendo voy mis brazos,
barro, en vano te muerdo los talones,
dándote a malheridos aletazos
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones
la imagen de tu huella sobre encima,
se despedaza y rompe la amargura
de arrope bipartido que me ciñe la boca
en carne viva y pura,
pidiéndote a pedazos que la oprima
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,
los sollozos agitan su arboleada
de lana cerebral bajo tu paso.

Y pasas, y queda
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,
mártir, alhaja y pasto de la rueda.
Harto de someterse a los puñales
circulantes del carro y la pezuña
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,
teme que crezca y suba y cubra tierna,
tierna y celosamente
tu tobillo de junco, mi tormento,
teme que inunde el nardo de tu pierna
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado
del blando territorio del invierno
y estalle y truene y caiga diluviado
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo sonsuma
el barro ha de volverte de los mismo.

Quizá no sea un poema que esté dentro de la estructura del libro, como la Elegía final, pero sí es la apoteosis de Miguel Hernández en el tema fundamental que nos está ocupando «el de la muerte», apoteosis marcada por esta impresionante composición. Desde luego que los elementos que está empleando son de lo más catastrófico.

No sólo se llama barro el poeta, sino que afirma: «barro es mi profesión y mi destino».

Barro es el símbolo del hombre sobre la tierra. En polvo fuimos concebidos, y al polvo tendemos; es nuestro destino: «Pulvis eris, et in pulvere revertaris». En vano pretende disuadirse de esa idea, «es un triste instrumento del camino»:

*Barro, en vano me invisto de amapola,
barro, en vano vertiendo voy mis brazos,
barro, en vano te muerdo los talones.*

Poema de calificación surrealista, excepción en su obra.

Antes que su vida llegue a su ocaso, antes que se encuentre a las puertas de la muerte, teme que el barro llegue a convertirse en polvo, pues entonces la muerte habrá tomado el habitáculo:

«Antes que la sequía lo consuma
el barro ha de volverte de los mismo.»

En el soneto número 22 dirá:

«...espero a que recaiga en esta arcilla...»

16. *Si la sangre* también, como el cabello,
con el dolor y el tiempo encaneciera,
mi sangre, roja hasta el carbunclo, fuera
pálida hasta el temor y hasta el destello.

Desde que me conozco me querello
tanto de tanto andar de fiera en fiera
sangre, y ya no es mi sangre una nevera
porque la nieve no se ocupa de ello.

Si el tiempo y el dolor fueran de plata
surcada, como van diciendo quienes
a sus obligatorias y verdugas

reliquias dan lugar, como la nata,
mi corazón tendría ya las sienes
espumosas de canas y de arrugas.

La sangre, otro elemento simbólico de Miguel Hernández, centra la temática de este soneto y junto a ella de nuevo el paisaje: la nieve como contraste y la nata y las canas aureolando el rojo del corazón. Todos estos contrastes hacen del poeta uno de los más claramente dotados de nuestra literatura. Su elaboración es a todas luces deliberada, en contra de la espontaneidad, que a veces también tiene, que se ha pretendido que sea su única arma enarbolada.

En la dedicación que hace a Vicente Aleixandre, de su obra: «Vientos del pueblo» (1937) dice:

«Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres... Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante...»²⁶.

17. El toro sabe al fin de la corrida,
donde prueba su chorro repentino,
que el sabor de la muerte es el de un vino
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la herida
desde un gigante corazón vecino,
y su vasto poder de piedra y pino
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi sangre astada,
que el cotidiano cáliz de la muerte,
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un gusto a espada
diluida en un vino espeso y fuerte
desde mi corazón donde me muero.

²⁶ Miguel Hernández. Obra poética completa. Biblioteca «Promoción del Pueblo». Serie P. núm. 92. Ed. Zero. Bilbao.

El corazón, ventana del hombre al mundo; en ese corazón se nos muere Miguel. Él mismo cantó:

«Seré una sola y dilatada herida
hasta que dilatadamente sea
un cadáver de espuma: viento y nada»²⁷.

Y sí, se nos muere:

«desde mi corazón donde me muero».

¡Qué expresiones tan profundas las del poeta de Orihuela! Ebrio, emborrachado por el vino, que es «cotidiano cálix de la muerte», siente atravesada su vida –su lengua– por la espada afilada de la muerte. La composición número 20, volverá a corroborar lo mismo:

«dentro del corazón donde me muero...»

18. Ya de su creación, tal vez, alhaja
algún sereno aparte campesino
el algarrobo, el haya, el roble, el pino
que ha de dar la materia de mi caja.

Ya, tal vez, la combate y la trabaja
el talador con ímpetu asesino,
y, tal vez, por la cuesta del camino
sangrando sube y resonando baja.

Ya, tal vez, la reduce a geometría,
a pliegos aplanados quien apresta
el último refugio a todo vivo.

Y cierta y sin tal vez, la tierra umbría
desde la eternidad está dispuesta
a recibir mi adiós definitivo.

Alude Miguel Hernández, simbólicamente, a los árboles cuya madera van a dar cobijo a su cuerpo exánime.

«el algarrobo, el haya, el roble, el pino»

Aquí selecciona laboriosamente vocablos afines a su clara intención, con una emotividad y un ritmo que nos lleva a un singular valor expresivo. La percepción hernandiana del paisaje levantino está determinada por estos elementos llenos de naturaleza y vida, pero llevados al fondo de la misma: la muerte. Estos árboles están enraizados en la sepultura, ahondan nuestro subconsciente y nos llevan a las secretas intimidades de la tierra, donde el cuerpo se confundirá, como antes veíamos, en polvo.

La vida está construyendo la muerte, pues una sin otra no tienen razón de ser. El poeta «ha aprendido que lo importante es aprender a morir».

²⁷ Del poema «Sino sangriento». Obra poética completa. Ed. Zero. Bilbao.

«y, tal vez, por la cuesta del camino,
sangrando sube y resonando baja».

19. Yo sé que ver y oír a un triste enfada
cuando se viene y va de la alegría
como un mar meridiano a una bahía,
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Me callaré, me apartaré si puedo
con mi constante pena instante, plena,
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto y sin arena:
adiós, amor, adiós hasta la muerte.

El «que muero porque no muero» de Teresa de Jesús parece inspirar los versos de este bello soneto, y dice Miguel Hernández:

«Lo que he sufrido y nada todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a aquella espada...»

Su humanidad radiante, a pesar de la muerte que le acosa, nos quiere dejar un mensaje; quiere quedarse con nosotros. De hecho Miguel sigue viviendo en nuestra memoria, pues hay seres que a pesar de su muerte, permanecen para siempre en el pensamiento de los hombres; y tú, eres uno de ellos. Nos lo dice magníficamente en este terceto:

«Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto sin arena:
adiós, amor, adiós hasta la muerte.»

20. No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un avispero
que me clava el tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo cava
dentro del corazón donde me muero.

No me conformo, no: ya es tanto y tanto
idolatrar la imagen de tu beso
y perseguir el curso de tu aroma.

Un enterrado vivo por el llanto,
una revolución dentro de un hueso,
un rayo soy sujeto a una redoma.

Parece que a lo lejos, contrastando con la frescura de versos anteriores, las últimas escarpaduras de la sierra de Orihuela obstruyen el horizonte con su masa marrón, presagiando, como dice en el 2º endecasílabo del soneto, un huracán de lava. Y al seguir subiendo se divisan almendros y palmerales, magníficos, con su apariencia de osasis africano. Y más allá, la huerta donde en cualquier palmera, cantan regocijados uno, dos o tres jilgueros...

La lluvia cae lentamente como el beso del amado a la amada, pero ésta austera, es un avispero de extravagantes rejas, foro donde reina tiránicamente el poderío de la muerte.

Y allá arriba, porque Miguel escalaba, en la alta colina rocosa que domina Orihuela y donde se encuentran las ruinas del castillo y del seminario, era donde idolatraba, como canta en este soneto, la imagen del beso definitivo que dejaba un aroma en la vida del cabrero.

En ese inmenso campo, Miguel Hernández soñó ser enterrado, alrededor de árboles y flores. Desde él pensó lanzarse a una revolución en la que quedó sepultado por su rápida muerte.

Fue un rayo que le hirió, dejándole como un tronco deforme, seco y sin hojas.

Tiempo y espacio sean quizá la transcripción poética de este bello soneto. Una y otra dimensión se sostienen y complementan entre sí.

21. ¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria
del privilegio aquel, de aquel aquello
que era, almenadamente blanco y bello,
una almena de nata giratoria?

Recuerdo y no recuerdo aquella historia
de marfil expirado en un cabello,
donde aprendió a ceñir el cisne cuello
y a vocear la nieve transitoria.

Recuerdo y no recuerdo aquel cogollo
de estrangulable hielo femenino
como una lacteada y breve vía.

Y recuerdo aquel beso sin apoyo
que quedó entre mi boca y el camino
de aquel cuello, aquel beso y aquel día.

Aquí demuestra que es un gran virtuoso de la forma. Su poesía entra de lleno en la escuela modernista. Es un poeta que canta a la blancura con auténtico sentimiento a pesar de las formas externas que nos suenan a estereotipadas. A esta inspiración profunda une un sentimiento romántico tenue y elegante.

Es un soneto que conserva un sabor de auténtica emoción y belleza, en el que juega con vocablos altamente sustanciosos y precisos: «almenadamente blanco», «almena de nata»... ¡Qué profundidad lingüística! ¡Qué figuras metalingüísticas las que emplea!

Entre el «recuerdo y no recuerdo» hacen acto de presencia el marfil, el cisne y la nieve, potentes, poderosos, llenos de sugerencias y de sugerencias. Estamos llegando a la culminación de su estilo, profundamente personal. El poeta recoge su experiencia y la plasma en estas visiones rápidas, llenas de toques impresionistas, vivos, agudos.

Posee un tacto regular sintáctico en el juego de contraste: recuerdo-no recuerdo, que le configuran como un gran estilista del lenguaje. Quizá a veces le fuerza, pero ello le conduce con frecuencia a la pérdida de espontaneidad que no quiere en absoluto decir la pérdida de frescura poética. Está muy cerca de Juan Ramón cuando dice: «Yo tengo escondida en mi casa, por su gesto y el mío, a la poesía, como a una mujer hermosa, y nuestra relación es la de los apasionados»²⁸.

22. *Viero la red, esparzo la semilla
entre ovas, aguas, surcos y amapolas,
sembrando a secas y pescando a solas
de corazón ansioso y de mejilla.*

Espero a que recaiga en esta arcilla
la lluvia con sus crines y sus colas,
relámpagos sujetos a las olas
desesperando espero en esta orilla.

Pero transcurren lunas y más lunas,
aumenta de mirada mi deseo
y no crezco en espigas o en pescados.

Lunas de perdición como ninguna,
porque sólo recojo y sólo veo
piedras como diamantes eclipsados.

Ya ve acercarse de una manera tangible la muerte a la frontera de su vida; y es cuando desespera en la espera de esta orilla; «desesperado espero en esta orilla».

Son versos, los de este soneto, que hunden sus raíces en la tierra. En su alma levantina, la cadencia de su hablar impregna la materia formal de sus composiciones.

Toda esta parte final de los sonetos de «El rayo que no cesa», son un proceso hacia su más importante labor, la más personal, la más directa y también la más artística, la que culminó con la «Elegía a Ramón Sijé».

A lo largo de su vida, y desgraciadamente fue muy corta, estuvo escribiendo y afinando el instrumento de su idioma, su visión personal del arte y de la vida, y los frutos que consiguió fueron cada vez más logrados. Su reputación es de las más firmes y su obra de las más vivas, de las que más intere-

²⁸ Antonio F. Molina: «La generación del 98». Nueva Colección Labor. Barcelona, 1968.

san, como si fuera uno de esos escritores que se han dedicado a escribir libros futuros, libros que renacen en la posteridad.

En los versos de este soneto existe la añoranza de una paz campesina y marinera:

«sembrando a secas y pescando a solas
...y no crezco en espigas o en pescados...»

En Miguel Hernández se sigue un proceso de perfeccionamiento del instrumento literario, unido a la conquista de una libertad expresiva cada vez mayor.

Este soneto tiene un claro hálito romántico, en el que prevalecen los grandes temas del:

- amor: ...«de corazón ansioso y de mejilla».
- muerte: ...«desesperando espero en esta orilla».
- naturaleza: ...«relámpagos sujetos a las olas».

encajados dentro de un marco que los exalta.

Asombra el dominio del lenguaje que tuvo en todo momento y cómo dentro de su evolución y con el paso del tiempo no se percibe ningún cansancio en una obra que por lo contrario nos parece más joven.

23. Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro²⁹.

El sino de la muerte que enmarca la existencia de los hombres, está constantemente latente en el alma de Miguel Hernández. «Como el toro he nacido para el luto»... Así es él; lleva el luto permanentemente en su alma. Es la misma dimensión que glosó Rafael Alberti en su «Corrida de Toros»:

²⁹ Soneto 23 de «El rayo que no cesa». Miguel Hernández. Obra poética completa, pág. 227. Edit. Zero. Bilbao.

... «Y en la sombra, vendido, de puntillas,
de su juncos a la media luna fiera,
y a la muerte su gracia, de rodillas»³⁰.

El mar latino se encuentra cerca del pueblo donde nació Miguel; el valle es fértil: se ven en su amplia concavidad tablares de huerta, cuadros de alfalfa con su azul cinéreo; olivos son su ramaje péndulo; almendros que ya en febrero, a los comienzos del mes, brotan sus florecillas blancas o rosadas, según la variedad del árbol.

Es difícil llegar a la profundidad de la obra hernandiana, además que en él no hay nada solemne, majestuoso, altisonante. Hay en este soneto: «la lengua en corazón tengo bañada»..., un amor franciscano por las cosas. No le falta pasión y tiene además inteligencia y sensibilidad suficientes como para estar entre los grandes poetas de su tiempo. Para él sólo existía el momento presente, un momento trágico como su obra y su vida..., «y llevo al cuello un vendaval sonoro».

Miguel Hernández es un poeta que apunta caminos muy interesantes. En lo que destacan sus poemas es en la agudeza de su sensibilidad y en cómo, por los métodos más difíciles, nos consigue dar una obra importante que el lector acepta como tal.

24. Fatiga tanto andar sobre la arena
descorazonadora de un desierto,
tanto vivir en la ciudad de un puerto
si el corazón de barcos no se llena.

Angustia tanto el son de la sirena
oído siempre en un anclado huerto,
tanto da la campana por el muerto
que en el otoño y en la sangre suena,

que un dulce tiburón, que una manada
de inofensivos cuernos recentales,
habitándome días, meses y años,

ilustran mi garganta y mi mirada
de sollozos de todos los metales
y de fieras de todos los tamaños.

Evoca en esta composición Miguel Hernández, a la campana que tañe por el muerto; campana que tañe con fuerza en estos versos, porque se une al profundo son de su existencia:

«tanto da la campana por el muerto
que en el otoño y en la sangre suena...»

La personalidad que denota en el soneto es enemiga de todo gesto excesivo y ampuloso y su sensibilidad es muy acusada. Tiene una preocupación esencial por el paisaje y las cosas, hacia las que sentía un profundo amor:

³⁰ «Corrida de Toros», de Rafael Alberti. Historia y Antología de la Poesía Castellana. M. Aguilar. Madrid, 1946, pág. 1.481.

«tanto vivir en la ciudad de un puerto
si el corazón de barcos no se llena...»

Sus temas son aquéllos en los que tiene más posibilidades de expliar ampliamente las dotes de su estilo. Se complace en descripciones precisas:

Los libros de Miguel Hernández se leen con bastante facilidad, pero ello no resta importancia a sus calidades literarias. Son siempre una magistral lección de escribir. Se adivina la elaboración lenta y cuidada del escritor de sensibilidad a quien sus facultades le llevan a la consecución de una obra perfecta. Perfecta sí, en la que no se echa de menos alguna dosis de apasionamiento y de atrevimiento. Se complace en las descripciones precisas, llenas de elegancia y de riqueza. Escritor que responde a las circunstancias de su vida. A la luz de las nuevas conquistas de la poesía, uno se da cuenta de que sus maneras tienen grandes posibilidades de ayudar a abrir otros caminos al género. A la belleza de su poesía le falta el atrevimiento para plantear los temas de una manera arriesgada y para buscar soluciones desde estos presupuestos. Autor esteticista, posee una justificación y un equilibrio en sí mismo.

25. Al derramar tu voz su mansedumbre
de miel bocal, y al puro bamboleo,
en mis terrestres manos el deseo
sus rosas pone al fuego de costumbre.

Exasperado llego hasta la cumbre
de tu pecho de isla, y lo rodeo
de un ambicioso mar y un pataleo
de exasperados pétalos de lumbre.

Pero tú te defiendes con murallas
de mis alteraciones codiciosas
de sumergirte en tierras y océanos.

Por tierra pura, indiferente, callas:
callar de piedra, que otras y otras rosas
me pones y me pones en las manos.

Por su conjunción de fantasía, dinamismo y abstracción ogánica, por su intenso cromatismo y por su búsqueda de un nuevo sentimiento de la naturaleza:

«pero tú te defiendes con murallas
de mis alteraciones codiciosas
de sumergirte en tierras y océanos...»

es más amplia y profunda la influencia del movimiento expresionista.

La experiencia de una eterna desventura, cae dentro del expresionismo, como señala Walter Falk³¹.

³¹ «Impresionismo y expresionismo». Dolor y transformación en Rilke, Kafka, Guadarrama, Madrid, 1963.

Miguel Hernández está sugestionado por la audición coloreada, por el valor orquestal de las palabras, por la expresividad de las alteraciones y asonancias:

«de miel mi bocal, y al puro bamboleo...»

al estilo de las sonatas de Valle Inclán, que dijera Amado Alonso que «es la más musical de toda nuestra historia literaria»³².

26. Por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos
y van a la canción, y van al beso,
y van dejando por el aire impresio-
nante olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda
que no conduce al beso aunque es la hora,
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,
un toro solo en la ribera llora
olvidando que es toro y masculino.

En la tarde de la vida, Miguel Hernández criado entre pastores, siente llegar hasta su lecho-corazón, cargado de recuerdos, los presentes de la vida:

...con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos,
vienen...

Parece sentirse solo en las altas sierras de Orihuela, recordando sus tiempos de pastor y cabrerizo:

Bajo su frente trágica y tremenda,
un toro solo en la ribera llora
olvidando que es toro y masculino.

Miguel Hernández tiene para el paisaje, las cosas, y los hombres, una mirada atenta, atentísima, en la que amor y dolor se entrecruzan. Es el mismo caso de Antonio Machado cuando canta a los campos de Castilla. Y como símbolo noventayochista, nos deja el signo doliente, trágico y tremendo.

En todo el soneto observamos un dispositivo escénico donde secuencia espacial y temporal están patentes:

«por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso...»

³² La musicalidad de la prosa de Valle Inclán, en «Materia y forma en poesía». Madrid, Gedos, 1960.

y en este trayecto nacen los recuerdos, las construcciones imaginarias, ensueños puros y simples. Y así nos lleva desde el presente hacia el pasado emocional y hacia un problemático futuro:

«...sino que merodea sin destino...»

Son endecasílabos cargados de poderosa fascinación, pero con dimensiones distintas: el mito del «toro»: «un toro solo en la ribera llora», y su relación simbólica: «olvidando que es toro y masculino»; mito central en obras de aventuras y aventureros³³.

27. Lluviosos ojos que lluviosamente
me hacéis pensar: lluviosas soledades,
balcones de las rudas tempestades
que hay en mi corazón adolescente.

Corazón cada día más frecuente
en para idolatrar criar ciudades
de amor que caen en todas mis edades
babilónicamente y fatalmente.

Mi corazón, mis ojos sin consuelo,
metrópolis de atmósfera sombría
gastadas por un río lacrimoso.

Ojos de ver y no gozar el cielo,
corazón de naranja cada día,
si más envejecido, más sabroso.

Quiere volver, como lo hace continuamente en toda su obra al pasado adolescente cuando siente morirse de nostalgia:

«balcones de las rudas tempestades
que hay en mi corazón adolescente...»

En este soneto todo deja la impresión de un extremo cuidado. La lluvia en esta región de Miguel Hernández cae raramente:

«lluviosas soledades...»

dejándonos una tonalidad rosa salmón en las cosas y personas que recuerda el de la ampulosidad de los palacios de Roma o de los antiguos edificios alejandrinos:

«babilónicamente y fatalmente...»

y de nuevo su «extraña sensación», porque tras tanto pudor y austeridad exterior, creo entrever un latido secreto, un calor humano, un gusto de vivir, que no puede desmentir este voluptuoso olor a limoneros y naranjos:

«ojos de ver y no gozar el cielo,
corazón de naranja cada día,
si más envejecido, más sabroso.»

³³ Michel Butor: Le Point suprême de L'Age d'or, en «Arts et Lettres», 4º, núm. 15.

28. La muerte, toda llena de agujeros
y cuernos de un mismo desenlace,
bajo una piel de toro pisa y pace
un luminoso prado de toreros.

Volcánicos bramidos, humos fieros
de general amor por cuanto nace,
a llamaradas echa mientras hace
morir a los tranquilos ganaderos.

Ya puedes, amorosa fiera hambrienta,
pastar mi corazón, trágica grama,
si te gusta lo amargo de su asunto.

Un amor hacia todo me atormenta
como a ti, y hacia todo se derrama
mi corazón vestido de difunto.

El primer cuarteto recuerda perfectamente el inicio de «Corrida de toros», de Rafael Alberti:

«De sombra, sol y muerte, volandera
grana zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera»³⁴.

y Miguel Hernández:

«un luminoso prado de toreros...»

Magnífico contraste poético que nos llevaría a otro comentario extenso.

El endecasílabo de cierre: «mi corazón vestido de difunto», puede darnos la imagen de todas las composiciones anteriores, antes de «La Elegía» y el «Soneto Final».

ELEGIA

En Orihuela, su pueblo y el mío,
se me ha muerto como del rayo Ramón
Sijé, con quien tanto quería.

Miguel Hernández —«Yo el más descorazonado de los hombres»— dedica a Ramón Sijé esta elegía, digna de uno de los más grandes poetas de nuestra generación.

Llora la muerte de su «compañero del alma». Tanto le pesa, tanto le duele, «que por dolerle le duele hasta el aliento».

El hachazo invisible y homicida, le ha arrojado a la muerte, que siente más que la vida.

Nunca espera, nos dijo Miguel; desespera. Y así «quiere escarbar la tierra con sus dientes».

³⁴ «Historia y Antología de la Poesía Castellana», M. Aguilar. Ed. Madrid, 1946.

Se funde magistralmente la vida de Miguel con la muerte de Ramón: «y besarte la noble calavera».

Quiere sacarle del profundo sial en el que fenece, y así:

«Volverás a mi huerto y a mi higuera»
«Alegrarás la sombra de mis cejas»...

Y al final Ramón y Miguel como buenos compañeros, tendrán que hablar de muchas cosas...

Vicente Ramos —que cuenta entre sus mejores comentaristas—, ha recordado aplicándolos al propio Miguel aquellos versos suyos escritos ante el cadáver de Pablo de la Torriente:

«No temáis que se extinga su sangre sin objeto
porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.»

La guerra civil, ya muy cercana, impidió a Miguel realizar su proyecto.

Cuando muere Sijé, el poeta siente una dolorosa desgarradura en *sí* mismo. Prolongación violenta y tumultuosa de «El silbo vulnerado»; un nuevo libro, «El rayo que no cesa», compuesto en gran parte de poemas de amor, de un sensualismo áspero, acababa de ser confiado a las prensas de Miguel Altolaguirre. Miguel decidió que una «elegía» al amigo, al «hermano» desaparecido en plena juventud, cerraría la obra.

Existe una relación epistolar muy profunda e importante entre Miguel y la familia de Ramón Sijé a la muerte de éste:

...«Ya sabes, Justino³⁵, que podemos continuar una amistad que tiene muy hondas raíces en mi sangre. Quiero que me mandéis cuanto antes el resguardo para recoger el ensayo, no sea que se cierre el plazo³⁶.

Y siguiendo la correspondencia, respecto a la maravillosa elegía de Miguel Hernández, éste dice a la familia: «Me alegra mucho que os agrade mi elegía porque la he hecho poniendo toda el alma y todo el corazón en el papel. Espero que me déis noticias y contestación a mi carta pronto. Os deseo mucha salud y prosperidad para seguir oyendo vuestra voz llamándome «hijo» y «hermano». Os abrazo emocionadamente vuestro

Miguel»

...«Y siento más tu muerte que mi vida».

Hemos perdido con Ramón Sijé un escritor genial y un hombre lleno de humanidad. Con una luz sobrenatural en el corazón y en el entendimiento, lo veía todo, lo sentía todo, lo sufría, le angustiaba y lo hacía vivir muriendo todo.

³⁵ Hermano de Ramón Sijé. Bajo el seudónimo de Gabriel Sijé, debía fundar en mayo de 1936, en Orihuela, la revista «SILBO», prolongación espiritual del «GAYO CRISIS».

³⁶ Debe tratarse de la inscripción «En el Concurso Nacional de Literatura», para el cual Ramón Sijé acababa de terminar un ensayo sobre el «Romanticismo Español»: «La decadencia de la flauta».

«Quiero vivir sólo contigo, allí donde nadie se acordará de que nosotros existimos...»³⁷.

El temperamento de Miguel Hernández le lleva a ser fogoso, arrojando con coraje en la lucha su persona y su talento para defender la causa elegida.

Miguel Hernández es considerado como un gran poeta en el concierto universal de poetas llenos de vida, y de cualquier generación modernista e intelectualista. Vemos y degustamos en él:

- Composiciones pastoriles.
- Nocturnos.
- El Nazareno.
- Flor del arroyo.
- Horizontes de mayo.
- Sueños dorados.
- Postrer sueño.
- Balada de la juventud.
- Poesía.
- Contemplación.
- Insomnio.
- La tarde del domingo.
- Lluvia.
- La procesión huertana.

La «Elegía» de Miguel Hernández fue testigo excepcional de las transformaciones experimentadas por la poesía española en aquella década, merced a los autores de la Generación del 27.

La pureza lírica, la «deshumanización del arte», la exaltación barroca y el fermento surrealista van a ser confusas y contradictorias corrientes estéticas heredadas por los jóvenes de 1935 que ven abrirse la poesía a impurezas no sólo vivenciales y eróticas, sino también sociales y revolucionarias.

Por su noble sinceridad, por su vehemencia cordial y porque se sentía hombre del pueblo, adquirió pronto unos convencimientos fundamentales desde los que crear la nueva poesía, la suya propia.

El mundo poético de Hernández se puebla, por los poemas elegíacos, de un sentido telúrico que funde la materia humana a la tierra, para en ésta hacerse de nuevo fértil. Las imágenes barrocas configuran en la «elegía» el dinamismo propio de su estilo con el del tema expresado.

Maneja recursos expresivos muy personales porque no se puede cantar y llorar más entrañablemente como Miguel Hernández lo hace con su amigo Ramón Sijé. Pocas veces se ve en una composición larga la «alabanza y la condena» tan unidas.

Las zonas de mayor violencia poética-expresiva están justificadas y se sustentan en una necesidad de incriminación, desde sentimientos heridos y clamantes.

³⁷ Carta sin fecha, pero cuyo sobre lleva el sello del 2 de mayo de 1936; citada por Concha Zardoya.

Desde cualquier ángulo que se mire, hay que ver en la raíz de «La Elegía» un arrebatado amor a la tierra, al pueblo, a su ser querido: don Ramón Sijé.

Miguel y Ramón fueron compañeros de escuela, pero su verdadera amistad data de la época en que Miguel escribió sus primeros poemas. Se consideraban como hermanos. Hernández y Sijé se habían jurado que si uno de ellos llegaba a morir, el otro debería cavar la tumba del amigo desaparecido. Sijé murió muy joven, a los 22 años, en diciembre de 1935. Al saberlo Miguel, que vivía entonces en Madrid, vino a Orihuela con la intención de cumplir su promesa. Cuando llegó, Sijé ya había sido enterrado. Miguel, furioso, pretendió exhumar a su amigo y cavarle una nueva sepultura.

Sijé había sido para Miguel el amigo fiel, el compañero ideal y en cierta forma su maestro. Le hizo alcanzar plena conciencia de sus valores poéticos y a ser muy disciplinado en su facilidad de escritor.

Miguel mantuvo una profunda relación desde Madrid con Ramón Sijé:

«Amigo, cuando pienso en tu lejana
figura, te recuerdo en tu balcón
con un lado de faz en la mañana
y otro en la habitación...»

En todas sus cartas comienza: «Querido hermano Sijé...» y al final: Abrázame, Perdóname, hermano.

Dice Miguel Hernández que Ramón Sijé verá desde la tierra que ocupe lo que hagamos por él y juzgará desde su sombra, y no hablará porque ya su oficio es callar como el de un muerto³⁸.

Ponderar el talento, el arte excepcional de Miguel Hernández, equivaldría a repetir una verdad de todos conocida. Es muy importante que en rastreo de «El rayo que no cesa», encontremos influencias de los grandes de la literatura, influencias que sirven para acentuar el vaivén y fusión que en toda la obra hernandiana suele darse, entre la alegoría y la magia y lo documental-realista, entre el sueño alucinante y la observación cotidiana.

El encuadramiento del arte descriptivo de Miguel Hernández, como arte realista a la manera hispánica, se convierte en justificación y poco menos que en razón de ser de dicho arte, hecho de realismo y desmesura, de concreción e hipérbole, de exactitud y de fábula.

Tiende el autor a plantear la hiperbólica comparación en un plano racional y mesurado.

Miguel Hernández se sirvió en repetidas ocasiones de un marco clarividente para su ambientación y descripción del personaje que le preocupó honradamente, como amigo y escritor, Ramón Sijé. Le humaniza y configura a su semejanza, convirtiéndole en expresivo y muy personal:

«...compañero del alma, compañero...»

³⁸ Publicado por el diario «El Sol», de Madrid, y reproducido por la Revista «Oleza», de Orihuela, en junio del 61, bajo el título «Las cuartillas que leyó Miguel Hernández».

Toda la «elegía» parece indicar que la percepción del sentido poético de Miguel Hernández tiene en buena medida que ver con la capacidad de situarse en determinada actitud estética que le subyace y que a menudo puede definirse, en parte, por el uso de los puntos de vista que le llevan a sensibilizarse privilegiadamente con el amigo del alma.

El análisis pormenorizado del relato elegíaco de Miguel Hernández muestra dos tipos de recorridos:

– Los verticales, que tematizan su figura, y que nos permiten hallar los valores poéticos y sus estructuras, y

– Los horizontales, con la gradación como efecto principal de la composición, formulada por una serie de puntos de vista sucesivos, encajados cada uno dentro del siguiente, produciendo una serie de juegos intersubjetivos, cada vez más ricos en saber y sobre todo en interpretación poética.

CONCLUSION

A mi entender –uno de los más grandes poetas contemporáneos por la belleza de la imagen y la sencillez musical turbadora– que, a no haberse malogrado tan joven, hubiera alcanzado una maestría lírica perdurable.

Todo ha respirado muerte en este comentario, pues queramos o no, Miguel Hernández nos lo confirma en su Soneto Final:

«Y a la acción corrosiva de la muerte
arrojado me veo...»,

y por eso:

«Pedimos que nos lleves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.»

En su conferencia con motivo del homenaje que recibió en Alicante –verano de 1937– dijo el poeta: «Vivo para exaltar los valores puros del pueblo y, a su lado, estoy tan dispuesto a vivir como morir». Y murió. En la madrugada del 28 de marzo de 1942, después de tres años de persecuciones y cárceles, murió en la prisión alicantina –en la tierra que tanto quiso– a los 32 años de edad. La primavera, recién estrenada, debió de regresar de súbito al invierno, porque algo alto y hermoso se helaba para siempre. De algún modo el paisaje se anublaría, pues como él dejó escrito:

«Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.»

El camino poético hernandiano que va de lo concreto a lo abstracto, ha sido llamado por Gerardo Diego «acertijo poético», con todo su encanto de juego imaginativo y de lujo barroco³⁹.

³⁹ Gerardo Diego sobre «Perito en lunas». Revista «Agora», núm. 49-50, diciembre 1968. Madrid.

Como epígonos de la «Generación del 27», según le llamó Dámaso Alonso, crea mundos metafóricos en torno a cosas y gentes. Casi todas sus imágenes, son imágenes visuales. Su poesía es un grito estridente y puntiagudo. «El rayo que no cesa» y el final «Elegía a Ramón Sijé», son sus poemas terrenos, con pastorería de sueños en los que se mezclan ritos inefables con acciones de realidades misteriosas hasta llegar a un delirio callado de tormentas deliciosas.

La poesía de Miguel Hernández es a la vez: transmutación, milagro, virtud y, sobre todo, tragedia, gozo y «muerte».

Poeta de una gran dedicación y poderosa personalidad. Tuvo vocación de poeta con una idea correcta del ritmo. Sus versos están llenos de pasión. Le interesó hacer una poesía inmersa en el tiempo, arraigada a la vida, estética y sentida. Su poesía se enriquece con el tiempo, con su juego verbal que le da gran movilidad y llega, a veces, a alcanzar una genial maestría.

Su «Elegía» es un poema impresionante, uno de los más humanamente intensos de nuestra poesía. Desde que empiezan las manifestaciones poéticas en Miguel Hernández, la personalidad manifestaba las características propias de un poeta.

El tono de su poesía es el de un hombre cultivado que vive en el campo, cuyo mundo anímico es el campo. Su gran calidad humana, sale frecuentemente a flote en sus versos y aparecen también temas esenciales del hombre, que trata con honda poética. La poesía de Miguel Hernández transparenta un alma sensible, sincera.

En ella se nos aparece tal y como fue el poeta, con sus alternativas de dolor y de fe, de entusiasmo y desesperanza y manifiesta una muy fina sensibilidad que cuajó en versos de auténtica sinceridad y sutil elegancia.

Miguel Hernández está considerado como uno de los más grandes poetas de España, de nuestro siglo. Esta característica le da una gran grandeza.

Se relacionó mucho con los poetas de su tiempo y de ellos aprendió muchas cosas, como sufrir, ver, versificar y al final poetizar.

Aceptó su destino tal cual le estaba predestinado, y dio muestras de una gran humanidad, rica y sincera.

Acepta su papel de poeta hecho para el destino. El paisaje en Hernández se hace intimidad, él es auténtico protagonista de sus poemas, como hemos visto y comentado en «El rayo que no cesa». En la poesía suya se siente el paso del transcurrir temporal, al que añade un gran sentido de autenticidad. Al lado de su poesía seria y melancólica hay que ver la otra faceta de la sabiduría en el hacer. Creo que en su poesía busca una sencilla expresión de lo que siente allá en lo profundo de su espíritu. La poesía es una interrogación y un testimonio; por otra parte, la emoción preside casi toda su obra poética, pues al ahondar en «poema tras poema» de lo que hemos estudiado: «Miguel Hernández: El rayo que no cesa», vemos corroborado este aserto: lo original se funde con lo universal. Su poesía está vigente y ha levantado hondas admiraciones.

Leyó a Bécquer; admiró a Juan Ramón...

De ellos aprendió su gran quehacer poético. Hay que reconocer que su personalidad tiene un tono muy singular. Su intuición, muy sensibilizada estéticamente, lo era también en el trato humano. Con frecuencia el gran poeta se confunde con su obra, donde el mundo no parece tener otra importancia que el de servir de pretexto para la obra del poeta y de pedestal a su personalidad. En su poesía aporta sus ascensiones y sus zozobras; sus esperanzas y sus decepciones; sus preferencias mágicas, trágicas o líricas; su decidido perfil humano, su obra y su palabra tienen un significado en sí que, en dialéctica clara, se corresponde con la peripecia humana del propio autor.

Lo esencialmente auténtico brilla en el «Rayo» como algo puro y humano, cual estela de júbilos, angustias, sueños rotos o tristezas conmovedoras.

Manifiesta una gran personalidad plural que facilita claves para la explicación de su obra y su tensión creadora.

Alguien ha dicho que cualquier hombre, despojado de su dios interno, y Miguel Hernández lo estuvo, a solas consigo mismo, y hecha su vida de desesperada vocación, de permanente sacrificio a ésta, resultaría no ser verdad, con todo y serlo:

«Soledad, que sólo estoy
tan sólo y en tu compañía.
Ayer, mañana y hoy,
de ti vengo y a ti voy
en una jaca castaña»⁴⁰.

Hay que ir más allá de la flor de la piel, asomar al arcano del yo trasconsciente, hasta sublimar la propia desnudez. La memoria es la hoguera del sentimiento, esa hoguera en la que Miguel Hernández se inmola, tras afrontar lo literario como aventura, más doliente y más en soledad de lo que aparenta:

«Alcázares finjo más altos que montes;
escalo las bóvedas de ingravido tul
asida a las ruedas de alados Faetones;
ensueño quimeras; oteo horizontes;
de nieve, de rosa, de nácar, de azul»⁴¹.

Ojalá que este pequeño homenaje al gran poeta, puro y ungido con la verdad y la libertad, sirva de ayuda para conocerle mejor y enriquezca en algo su figura, de por sí enaltecida. Batalló sin tregua por la ilusión y por la belleza. Enriqueció día a día su palabra con una inmensa inversión de futuro. Su alma y su vida son y serán el reconocimiento a su labor por los lectores de hoy; para ellos puso su trabajo.

Su gran herramienta fue la palabra, con el apasionamiento del pocero que alumbría manantiales o bucea el oscuro légame de la cábala.

⁴⁰ Poemas de la época de «Perito en lunas». Obra completa de Miguel Hernández. Ed. Zero, pág. 70. Artesamina, 12. Bilbao.

⁴¹ De: «Balada de la juventud». Orihuela, septiembre, 1930. El pueblo de Orihuela, nú. 134. Ed. Losada, S.A. Buenos Aires, 1967.

Orihuela y España necesitaron el derroche de su imaginación, talento y sensibilidad:

«Como si me hubiera muerto el cielo
de España me separo:
salgo de un tren precipitado al hielo
de su materna piedra, de su fuego preclaro...»⁴².

Y siempre en Miguel Hernández la muerte, que a veces la presenta como un fenómeno atmosférico, como una representación cósmica. La soledad era completa y en su silencio veía caer la tarde, como si hubiera montes a lo lejos cortados como un cuchillo y en el infinito la llanura pura, intacta, recogía apenas en su tersura de acero el rosa del poniente levantino. Y tras el poniente las fieras agazapadas con los tentáculos intentando dar fin a la vida, a su vida.

«Una nube, redondo y puro obstáculo
para mirarte encuentro:
sin errores de gallos,
eclipse de los cielos.
Tu luz en una umbría de blancura:
los que ven, no te vemos:
mucho mejor, a oscuras...»⁴³.

Él vio y sintió a la muerte como una brecha practicada en el muro negro del sueño, una rendija de vigilia, realizada con no sabemos qué misterioso sacabocados en la tierra de nuestra auténtica muerte, con ella experimentaba esos miedos nocturnos, esos terrores bíblicos que nos dejan heridos de desolación. Pasa el tiempo, nos espera la muerte... Habrá que ir afiando la puntería para dar en el blanco. Nadie se escapa. ¡Y ay del que pretende escaparse!

Viene con un dolor de cuchillada,
me esperaba un *cuchillo* a mi venida,
me dieron a mamar leche del tuera,
zumo de espada loca y *homicida*,
y al sol el ojo abrí por vez primera
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era...»⁴⁴.

Es de nuevo el recuerdo a su gran obra comentada «El rayo que no cesa»:

«Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostienen un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida»⁴⁵.

La poesía de Miguel Hernández hay que buscarla en los montes, por altos que sean, en la mar por grande que parezca, en la tierra llana, con cer-

⁴² De «Poemas no incluidos en Libro III», «España en ausencia». Ed. Zero, pág. 379.

⁴³ De: Poemas varios (1933-1934), titulado «Eclipse». Ed. Zero, pag. 132.

⁴⁴ De «Sino sangriento». Poemas hechos entre «El rayo que no cesa» y «Viento del pueblo». Obra poética completa. Ed. Zero, pág. 260.

⁴⁵ «El rayo que no cesa». Colección Austral. Espasa Calpe, S.A. Primer Poema.

cas y pinares, en altas almenas donde se escucha volar, aunque el sonido se pierda, y al final en la negra noche, preludio de una inminente muerte. Y al compás se hunde en la inmensidad, en el anhelo, en la nube oscura que rubrica su constante perecer. Y el ganado ya en el aprisco le rememora en un ir y venir por el campo. ¡Oh la naturaleza en la obra hernandiana!

«La noche viene corriendo
el azul cielo enlutando:
el río sigue pasando
y la pastora gimiendo.

Mas cobra su antiguo brío,
y hermosamente serena,
sepulta su negra pena
entre las aguas del río.

Reina un silencio sagrado...
¡Ya no llora la pastora!
¡Después parece que llora
llamándola, su ganado! ⁴⁶.

Sus versos son una manera de vivir y desvivir el momento. Goza en su efimeridad. Sus poemas asestan duros golpes a nuestra vanidad. Él nos dice que en la huida halla el caminante hacia la poesía su verdadera tierra. El poeta se ha desvivido para ofrecernos una gran realidad: la puerilidad de todos los comportamientos humanos llamados responsables y experenciales, porque para el poeta la vida es la verdadera vida: la que ninguno vive:

«Huyendo de las cóleras mortales,
sin temor a lucir su mucho miedo
tablas para el peligro pide al ruedo,
redondos salvavidas terrenales...» ⁴⁷.

Fue un gran artista, claro y puro. Vivió poco, es decir, se murió muy temprano para la poesía. Poseía un don natural que le hacía ser fresco y profundo. Enseñó de todo. Y, principalmente, a amar la verdad y la belleza, la naturaleza y la vida, el campo, las fuentes, el verde, el caudaloso mar y el arroyo claro de su tierra. Figura como gran torero aunque muchas veces salga a la plaza a ganarse la alternativa todos los días. Y bien que se la ganaba, luchando con el astado de turno..., y con otros astados que fueron los que le llevaron al foso de la verdad, donde descansa eternamente.

«Barraca oriolana
modesta y galana,
que en medio de flores, palmeras y pomás
de intensos aromas
ufana
te alzaste, lo mismo que un nido de blancas palomas» ⁴⁸.

Y si a la Muerte, tema primordial en la mayor parte de quizá su obra cul-

⁴⁶ De: *Pastoril*, primeros poemas. Obra poética completa. Ed. Zero, págs. 488 y 489.

⁴⁷ De «Toro y peón». Poemas Varios. Ed. Zero, pág. 147.

⁴⁸ Orihuela, junio de 1930. Del Apéndice «Primeros Poemas», pág. 507. Ed. Zero.

men, «El rayo que no cesa», volvemos a acudir, me recuerda los aldabonazos lorquianos:

«Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil
viva moneda que nunca
se volverá a repetir...»

Ahora Hernández se quiebra en el aire con grito vibrante y desgarrado—grito de muerte valiente y libre— que estremece y sobrecoge al lector que contempla atónito aquel irrepetible espectáculo de la muerte de Sijé. VIDEO de Miguel Hernández:

«Moriré como el pájaro: cantando,
penetrado de pluma y entereza,
sobre la duradera claridad de las cosas.
Cantando ha de cogerme el hoyo blando,
tendida el alma, vuelta la cabeza,
hacia las hermosuras más hermosas...»⁴⁹.

Cayó su vida, doblando bajo su vientre blanquísimos los lirios y espadañas que crecían sobre el limo de la orilla contraria. Murió, brillante de sudor, imaginó que inundado de sangre por dentro, bello aunque pálido por la enfermedad que le llevó a la tumba; heroicamente, como mueren los soldados en el campo de batalla, aunque en su campo emparedado; después de haber intentado matar inútilmente. De haber sobrevivido, posiblemente hubiera sido ocasión para morir después en olor de multitudes, pero hoy, después de cincuenta años el reconocimiento es para el auténtico poeta, señor y caballero en vida; se realza majestuosamente como tal. Entre sombra y luz: privó aquélla en su vida, se enaltece con ésta en el 92.

«Sigo en la sombra, lleno de luz; ¿existe el día?
¿Esto es mi tumba o es mi bóveda materna?
Pasa el latido contra mi piel como una fría
losa que germinará caliente, roja, tierra?

Es posible que no haya nacido todavía,
o que haya muerto siempre. La sombra me gobierna.
Si esto es vivir, morir no sé qué sería,
ni sé lo que persigo con ansia tan eterna.

Encadenado a un traje, parece que persigo
desnudarme, librarme de aquello que no puede
ser yo y hace turbia y ausente la mirada.
Pero la tela negra, distante, va conmingo
sombra con sombra, contra la sombra hasta que rueda
a la desnuda vida creciente de la nada.»⁵⁰.

Cada vez que me acerco a la obra de Miguel Hernández la siento más profunda y mi corazón le recuerda como algo cercano. Me acuerdo de las

⁴⁹ De «Viento del pueblo» (1937). Pasionaria, pág. 331. Ed. Zero. Miguel Hernández. Obra completa.

⁵⁰ Poemas últimos: «Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?». Escritos entre 1939 y

palabras que A. Soljenitsin dijo, y esto a mi propósito: «Con el corazón oprimido, durante años me abstuve de interpretaciones. El deber para con los que aún vivían, podía más que el deber para con los muertos»⁵¹.

Para mí pervive más la fuerza de la poética hernandiana no por viva entonces y ahora de un autor muerto, sino por la inmensa transcendencia del que legó estos bellos poemas para los vivos; y si él muerto, siempre vivirán en mi persona.

Lo que constituye la imagen tradicional y literaria del poeta se acumula y ordena en mi memoria turbada, como estridente timbrazo nocturno o violento repicar matutino cuando al amanecer «intento» leerle. Es posible que en mis temblorosas manos, el arresto tradicional del poeta y el acoso sufriente del mismo me lleven en la mañana a su Orihuela natal o a su querido monte en el que vivía pendiente de su ganado.

⁵¹ A. Soljenitsin. Septiembre 1973.